

VIGENCIA DE SALVADOR ALLENDE

Samuel Malpica Uribe. Maestro en Ciencias, investigador del Centro de Investigaciones Históricas del Movimiento Obrero. Actual Rector de la Universidad Autónoma de Puebla.



Conforme se enana la figura del dictador chileno Augusto Pinochet, crece la del patriota Salvador Allende. Al hacer la ineludible comparación entre el que fuera presidente de la nación andina y aquel que encabezó la revuelta homicida, las diferencias saltan a la vista y, como era de esperarse, se constata la enorme diferencia de estatura histórica entre ambos personajes.

Pinochet tiene cada día más dificultades para seguir en el poder. No le ha bastado con el respaldo abierto de las empresas transnacionales y de la oligarquía chilena, que al derrocar al mandatario legítimo prometieron resolver de cuajo la problemática económica, y a estas alturas tienen al pueblo sumido en la miseria y la desesperación. Tampoco han sido suficientes las fuerzas armadas lanzadas abiertamente contra su propio pueblo. El dictador pende de delgados hilos, que solamente sostiene el gobierno estadounidense por la inexistencia de la posibilidad de un recambio sin elevado costo para sus intereses.

Decir que Pinochet es un gorila no implica la formulación de un calificativo. Se está utilizando una categoría

política, con la cual se ha singularizado a los militares que con mayor dosis de bestialidad reprimen a su pueblo. En términos de la politología de fines del siglo XX, un gorila es un milico que, fingiendo cumplir una misión divina y enarbolando la doctrina de la seguridad nacional, comete contra el pueblo las peores aberraciones. El enemigo, para ellos, está al interior del país, y contra él descargan toda su furia genocida.

Para los soldados que se transforman en gorilas no existe la ley. Toda norma puede ser pisoteada, cuando se trata de preservar su privilegiada situación y servir a sus amos del norte del continente. Viven como en los tiempos en que se permitía que la fuerza fuese el único elemento de definición de problemas. Y cuando, como en el caso de Pinochet, recurren a disposiciones jurídicas, las desvirtúan de tal forma que las hacen perder su sentido. Así, por ejemplo, aquel decreto de la Junta Militar que sustituyó al Presidente Allende que decía que cumplirían la ley únicamente en cuanto lo permitieran las circunstancias de Chile.

Con propiedad, puede catalogarse el régimen de Pinochet como fascista. Su dependencia respecto de los intereses estadounidenses es estructural, su forma de gobierno es

Colaboración especial para el *Archivo Salvador Allende*.

típicamente dictatorial, pues no sólo anuló los órganos formales que caracterizan a la división de poderes, sino que prohibió la existencia de partidos políticos. Los organismos sociales, por otra parte, fueron restringidos de tal forma en su actividad, que muchos perdieron su razón de ser.

Los pinochestistas abrogaron el derecho de huelga y privaron con ello a los trabajadores de su arma más importante. Eso propició que los niveles adquisitivos del salario bajaran como nunca en la historia reciente del país. Mientras las ganancias del capital se incrementaron, las percepciones de los obreros disminuyeron casi hasta la insignificancia.

La dictadura volvió a las etapas más expoliadoras del capitalismo, privatizó un sinnúmero de actividades económicas y dio todo tipo de facilidades a los empresarios privados (tanto nacionales como extranjeros). Priorizó a cualquier precio el pago de la deuda externa, parte de cuyo monto se destinó a la adquisición de materiales de guerra contra el pueblo y a la corrupción de los altos mandos civiles y del ejército. Se "adelgazó" al estado y su participación en los procesos económicos se redujo al mínimo; casi retrocediendo a los tiempos del "estado gendarme".

Una política económica de esas características únicamente puede ponerse en práctica acompañada de la represión más brutal. Y eso fue lo que hicieron los militares: se convirtieron en los campeones de violación a los derechos humanos. Menudean en Chile los casos de ejecuciones extrajudiciales, de desapariciones forzadas, de encarcelamiento sin forma de juicio, de destierro. Pocos países han tenido la cantidad de exiliados que tuvo Chile, a donde todavía algunos están impedidos de volver.

El ejército genocida ha recibido condenas a lo largo y a lo ancho del planeta. Desde los primeros años de la dictadura, la Organización de las Naciones Unidas se ha pronunciado en tono de reprobación y demandado el retorno a la legalidad. Pinochet pretende eludir los efectos de esa desaprobación a sus actos, inventando conjuras internacionales en contra de su país. Pero no le queda el papel de víctima, porque el mundo entero conoce la ferocidad con que ha tratado a su pueblo.

Pero ni la ilimitada fuerza bruta ha podido doblegar el ansia de libertad de los chilenos. En las condiciones más desfavorables, en medio de la más atroz represión, la gente ha sabido ingeniárselas para crear medios de defensa. Con la sobrevivencia como prioridad fundamental, se mantuvo encendida la llama de la inconformidad y se consiguió derribar algunos de los muros más oprobiosos que levantó la dictadura.

A pesar de las irracionales prohibiciones, los partidos políticos están vivos. Y Pinochet tiene que reconocer su existencia, convocando a un ridículo plebiscito para que la población diga si quiere seguir siendo o no gobernada por un déspota. El caso chileno acredita que es imposible querer impedir la organización del pueblo, que siempre busca formas efectivas de participar en la cosa pública. A riesgo de su vida, los periodistas independientes hacen oír su voz. No los amedrentó el dictador cuando estaba en su punto más alto, y es improbable que ahora en su declive los haga callar. Los asesinatos a gran escala que de periodistas han ocurrido durante la dictadura, se pueden ejemplificar con el de José Carrasco, que fuera corresponsal de un diario mexicano. Pero aun así, la libertad de prensa es una exigencia en el Chile de hoy.

Asimismo, las agrupaciones gremiales combaten al gobierno del sátrapa. Los paros nacionales son muestra de la combatividad de la clase obrera y constituyen la esperanza de que reabran las alamedas como predijo Allende. También los pobladores pobres han sufrido la violencia, pero están presente en el combate.

Hay igualmente asociaciones de parientes de las víctimas de la represión. La Federación Latinoamericana de Familiares de Desaparecidos (FEDEFAM) tuvo entre sus pilares constitutivos a los chilenos, que no han descansando en su importante labor de denuncia ante la comunidad internacional.

La caída de Pinochet es cuestión de tiempo. No agrada ya ni a quienes lo colocaron en la presidencia: los Estados Unidos. La salida tipo Filipinas (de donde los norteamericanos recogieron a su dictador Ferdinando Marcos) no es adecuada para Chile, porque aquí existe un poderoso movimiento popular que se revelará formidable una vez que se aflojen los crueles lazos militares que ahogan al pueblo. Por eso, los estadounidenses sostienen a quien traicionó la confianza de Allende, a pesar de que es ya, un estorbo considerable.

Allende se agiganta con el transcurso del tiempo. Su persistencia en la consecución de los altos valores de los chilenos, su valentía para defender la causa en que creía, su confianza en la fortaleza del pueblo son ejemplo para la lucha que pondrá fin a la dictadura.

En este libro, se recogen materiales que tienen relación con Allende y con los chilenos. Hay entre ambos una identificación que adquiere ya perfiles de historia. Nadie podrá hacer la crónica de los que acontezca en Chile, sin tener presente a Salvador Allende.